

editorial

La cuestión insoslayable en este momento singular y de decantación incierta concierne, ante todo, al rol de la filosofía en tiempos de pandemia y, más precisamente, a indagar cuál es ese rol desde el suelo en que estamos situadxs para pensar, cuestionar y crear. Acerca del tono teológico-profético adoptado recientemente por voces filosóficas muy resonantes, cabe al menos desconfiar de la capacidad sentenciosa de afirmaciones que se lanzan vertiginosa y precipitadamente. Mientras que, por un lado, el lugar de enunciación e intervención no debería ser el de la profecía –apocalíptica o redentora, poco importa–, por otro lado, tampoco corresponde el desentenderse del presente histórico y confinarse a describir lo meramente ocurrido. Para qué está la filosofía se nos vuelve *la* pregunta, y más aún en lo que de inmediato se revela como un acontecimiento bisagra a nivel mundial, aunque no homogéneo ni evidente en sus consecuencias. El nivel de crisis y corte parece ser tan profundo y sacudir supuestos tan recónditos y tan poco dubitables en las últimas décadas que, entre la urgencia y el congelamiento bucólico de la cotidianidad, en esa delgada línea entre lo contingente y lo que atraviesa la historia, quizás haya algo importante para pensar, para decir y para hacer.

De pronto, el futuro se oscureció por completo. Todo resulta incierto, un abismo donde el desastre económico y sanitario ya no se puede calcular. Cualquier proyección a corto o mediano plazo quedó cancelada. Pero ese futuro también es presente, y afecta de inmediato nuestras relaciones con lxs otrxs, el plano de la intersubjetividad. El futuro, que siempre se caracteriza por la incertidumbre, normal-

mente se abigarra y moldea con cierta y mediana previsión; es decir, hacemos lo posible para que esa incertidumbre no nos aplaste en el día a día. Y sin embargo, la eclosión de la pandemia cancela aquella pretensión de previsibilidad, y el inmenso peso de la incertidumbre abismal nos cae encima. Entonces, se nos desquicia el presente, se fractura el hábito y el fondo sube a la superficie. Tiempos interesantes, donde algo se quebró y lo nuevo... ¿Qué conceptos tenemos, y cuáles debemos forjar, para eso nuevo?

Junto con el desquicio del presente, el encierro. Un encierro que sirve a una función que lo sobrepasa, es decir, que en lugar de anclarse en nuestra individualidad aislada nos pone en relación directa con el afuera, con toda su variabilidad y contingencia. Con el afuera del virus, la pandemia y un planeta en una crisis sin precedentes. Con la trama social de la que somos indisolublemente parte (“individuos viviendo en sociedad, tal es naturalmente el punto de partida”). En efecto, en el tipo de espacio en que tiene lugar y en las condiciones materiales de vida se pone de manifiesto la desigualdad frente a una situación universal de encierro. La vivencia de la cuarentena es realmente muy diversa. No es lo mismo, no se habita y encierra de la misma manera en una casa cómoda y confortable, que en un cuarto precario, insalubre y de riesgo inminente, o incluso en la intemperie de la situación de calle, donde el encierro ya no es posible. Tampoco se vive del mismo modo el entorno, el *hasta dónde* llega lo habitable; la casa se superpone con el barrio, el afuera y el adentro se confunden. Vista desde abajo, aunque sin romantizar, la situación de incertidumbre y de riesgo no suele ser percibida como tal, o dicho de otro modo, no tiene el componente de espectacularidad que hoy vehiculiza la pandemia en las clases medias y altas, porque en esas condiciones materiales ya hay un nivel precedente de incertidumbre y riesgo que de alguna manera sopesa lo extraordinario y genera mecanismos muy sofisticados de defensa y de supervivencia. Aun así, sumarle a esa preexistencia precaria una eventual propagación del virus nos llevaría a un desastre más agudo todavía.

Lo que se invisibiliza mediáticamente de estas condiciones materiales es la red social que entrama contención, organización y solidaridad, que reúne lo barrial y lo horizontal, aunque con esto solo no basta. Las redes de cuidado requieren la mano del Estado, que es el actor crucial en la articulación y en la gesta de políticas efec-

tivas en cuya acción u omisión se juega la vida de personas concretas. Pero no el Estado como lo contrapuesto a la horizontalidad, ni como el negocio de poderosos e interesados, sino como el necesario cimiento para construir lazos comunitarios en conjunción con una mirada vertical y común. No el Estado instrumento de la oligarquía, sino el Estado de y por el pueblo, que reconoce, asimila y potencia la fuerza que viene de abajo, que se entreteje e institucionaliza, y que a la vez desborda ese movimiento para impregnar el vínculo y la vida cotidiana. Es el Estado que cierta intelectualidad jactanciosa suele desacreditar rápidamente con la palabra “populismo” y que hoy, ante una crisis aguda, resulta fundamental. Esto no significa minimizar el trabajo menos escuchado y de hormiga que caracteriza a las organizaciones sociales y que realmente configura una postal de época, la misma que permitió sobrevivir a la última furia neoliberal y neoconservadora del gobierno pasado. La crisis permite trazar un panorama que esclarece rotundamente, en la patria latinoamericana, la diferencia entre gobiernos que siguen a rajatabla el manual del libre juego, también para la pandemia, y gobiernos que ante semejante crisis han decidido cuidar a la población. No hay que menoscabar la enorme diferencia entre unos y otros casos, ni lo distinto que esto resulta –en el nuestro– respecto del gobierno anterior.

Vista la sociedad desde abajo, el valor de la solidaridad, del ponerse –con el Otrx– donde este Otrx es el que sufre, el que más necesita, el que se cae del mapa y de la contención–, no es una palabra en vano, sino un signo vital, un ponerle el cuerpo al día a día. Con un pie en lo ético y otro en lo político, la solidaridad constituye un llamado que, ante la situación de encierro, cobra una notable relevancia y da vuelta el significado que hasta entonces se tenía por obvio en el ámbito intelectual. Las redes sociales, tantas veces criticadas a causa de la “superfluidad” y la tecnología del control, de pronto canalizan vínculos entrañables, permiten expresar lo inexpresado y recobrar afectos tabicados por la cuarentena. Entonces, lejos de equiparar aislamiento con individualismo, el cuidado de sí se reformula inmediatamente como necesario cuidado del otrx. En medio del sí-mismx está el otrx, y el para-sí es en realidad el para-otrx (y no el simple volver del para-otrx al para-sí). De ahí que los análisis teorizantes y eurocentrados nos resulten acá, en lo bajo del mundo, bastante torpes, insípidos y poco representativos. Y esta misma

sensación se suscita también con otros conceptos cruciales, como la articulación entre Estado y pueblo, lo social y lo político, etc. El binarismo axiológico, que asigna rígidamente a estos y otros conceptos los valores del bien y del mal, obstaculiza el comprender lo que está surgiendo.

Así, la fomentada antinomia entre las organizaciones sociales y el Estado, o entre el control biopolítico como totalización y la libertad individual coartada, impide ver que, conjugados de otra manera, no se trata de polos opuestos, sino de instancias que ciertamente pueden y, más aún en contextos de crisis, deben potenciarse mutuamente. Si no se desactiva el presunto rasgo esencial de maldad habitualmente atribuido al Estado desde el binarismo rígido y miope, por ejemplo, jamás se captará lo importante que resulta una política pública, su carácter decisivo respecto del vivir, enfermar o morir. El virus no se ordena con una simple ley, sino que requiere de dispositivos biopolíticos que permeen la microfísica cotidiana y que, considerados desde acá, bien en la periferia, cambien (o no) rotundamente el modo de vida o la supervivencia. La ceguera intelectual que condena a priori la política o los dispositivos, además de poco deconstruida, impide no sólo ver realidades tan disímiles como la de China o la de Latinoamérica, sino también las propias de ese mismo “primer mundo” de la enunciación.

Ahora bien, en nuestro caso y como reverso de la solidaridad, de la organización y de la conjugación con un Estado orgánico y presente, surgieron, como disonancia y reacción a una cuasi-unanimidad de aprobación sobre la prevención de la cuarentena, ciertas expresiones anti-políticas y signadas por un individualismo desubicado que va desde el no acatar la ley, hasta el exigir un ajuste en el gasto público. Este reclamo, anclado en el ficcional axioma de que lo privado sostiene lo público, y que no concita más que hacer ruido desde la casa, carece de una mirada profunda sobre la situación y agita un rebrote de egoísmo exacerbado, que en ciertos hechos también incluye discriminación, xenofobia, estigmatización y similares. Tal egoísmo se complementa en alguna medida con el cuidado de sí –sólo que, ahora, *exclusivo*–, y se cruza con un discurso médico-científico higienista, prescriptivo y omnipresente, moralizante y terapéutico, que busca sesgar y compartimentar socialmente. Un discurso que dicta cómo se debe vivir, en consonancia con una suerte de salvación individual. Del mismo modo, en el plano económico regurgitan

todo tipo de miserias: la salvación exclusivamente individual, las grandes empresas que “socializan” las pérdidas y los comerciantes de la hiperinflación de los bienes más urgentes.

Se trata de una rémora, un eco de un tiempo que huele a viejo, que evoca una lógica sacrificial donde se enmascara una presunta igualdad de exigencia (que la política sufra lo mismo que la sociedad), cuando esa igualdad jamás existió ni existe, y que equipara el sacrificio del encierro en una casa medianamente confortable con las situaciones de vulnerabilidad, pobreza e intemperie. Este mito sacrificial sólo reconoce al héroe individualmente: por ejemplo, a este o aquel médico. Justifica el dolor por un ilusorio porvenir, pero también sesga en lo social para distribuir méritos y responsabilidades a individuos aislados. El héroe-médico sirve para contornear esa individualidad y así desconocer el sistema sanitario, es decir, para minimizar la importancia de organizar y disponer los recursos en función de tal sistema y de una mirada de conjunto. Ese gesto esporádico que se cree a-político, que niega el grado de manipulación al que es sometido y que canaliza la hipérbole del individualismo exclusivista, es absolutamente ideológico. Enfrente de esta lógica del sacrificio, del heroísmo individual, de la hipocresía y del anarco-neoliberalismo, se sitúan las nociones de sistema, organización, contención, intervención, etc., que ponen de relieve el grado de interconexión que supone, para bien y para mal, la sociedad actual, y que ponen en jaque el binarismo axiológico habitual.

Análogamente, el discurso médico, visto desde otra perspectiva, también forma parte de la reciprocidad del cuidado. O con otro ejemplo, las fuerzas de seguridad pueden ser útiles en tareas sociales, en una suerte de híbrido que ciertamente anida tanto el surgimiento de micro-despotismos como la realización de una biopolítica en sentido positivo. Si, por un lado, existe una tradición que lee la biopolítica como sinónimo de capitalismo (llegando al punto de caracterizar al capitalismo por su lógica biopolítica), por otro lado, en este contexto se pone de manifiesto la tensión entre ambas lógicas, cuando el capitalismo abandona todo “hacer vivir” en favor de la valorización desquiciada de un flujo de dinero que nada tiene que ver con el trabajo humano. La tradición que pone en la misma bolsa al capitalismo y al Estado como si fueran equivalentes, en esta coyuntura tendría que observarlos en toda su heterogeneidad: sólo el Estado puede hacer algo positivo frente a la lógica desquiciada del

mercado desregulado, y proteger las condiciones de una forma de vida vigorosa y plena en nuestra estadía en la tierra. En suma, estos cambios de enfoque implican riesgos, decisiones, ensayos y errores, resignificaciones, entramados, medidas provisionarias, aspectos todos que emergen y se extreman en la crisis.

Una crisis que sacude lo indubitable saca a flote cuestiones que se daban por resueltas o dogmáticamente establecidas. El virus es político, se mete en nuestro modo de vivir, en la intimidad ahora tecnológicamente exteriorizada, y conecta sin mediaciones lo más singular con lo universal. Se entremezcla con las condiciones materiales y afectivas, hace a nuestro vivir. Por eso es tan importante romper con el binarismo axiológico y pensar de modo situado, abandonar la tentación totalizante y explorar los pliegues que invierten los sentidos intelectualmente prefigurados. Los problemas son múltiples y divergentes, y requieren de abordajes y estrategias complejas. El encierro implica cuidado, pero en contextos domésticos de violencia de género se convierte en un infierno, y el afuera que, por la circulación del virus, sería el lugar del peligro, en muchos casos significa supervivencia. Por ende, no hay una salud individual, tampoco universal. No hay recetas ni tecnologías sociales de funcionamiento predeterminado. Pero lo individual y lo universal se permean: el adentro y el afuera tienen una continuidad conceptual o semántica, porque el adentro es lo que es en función del afuera, y al revés. Adentro y afuera se traducen mutuamente. Sólo que ahora con un aditamento crucial: en esta pandemia, en verdad, no hay un afuera, no hay un adónde irse o adónde escapar, dónde estar sano y a salvo, o dónde enviar el virus para reducirlo. Se trata no sólo de una situación histórica inédita, sino también de una manera muy especial –planetaria– de atravesar el encierro.

La singularidad del encierro se condice también con la falta de una vacuna, con la facilidad y la velocidad de la propagación y el riesgo inminente que, como decíamos, contribuyen a la absolutización de la incertidumbre futuro-presente. Estamos ante un *acontecimiento* que, como tal, requiere medidas acontecimentales. No requiere de un dogmatismo profético que, del torbellino de supuestos hasta ahora adormecidos, decrete qué es lo que va a suceder en adelante. No requiere de un apocalipsis que envuelva lo que nos pasa en catástrofe o redención. Requiere de un delineamiento más preciso sobre una situación extraordinaria que siempre asoma con

su contracara, al modo de la verdad trágica que nos coloca en la tensión entre la paranoia y la prudencia, entre la tecnología totalitaria y la prevención conveniente. Los planos están desdoblados y conectados: mientras el tiempo parece acelerar vertiginosamente el contagio, a la vez se congela y monotoniza en la cotidianidad; mientras nos recluimos sobre nosotrxs mismxs, nos hacemos más pendientes y permeables a lo que sucede; mientras el mundo parece detenerse, se multiplican los quehaceres hasta el ridículo para convertir la sensación de parálisis en un deber-ser de productividad. O, mientras que tal vez no haya nada para decir, igual decimos algo.

Es el riesgo de la inmediatez, del entrar y salir del estado de perplejidad y conmoción de un presente fisurado. Pero también es el riesgo de la opinología o de la filosofía “a la carta”, de las voces filosóficas que usan la realidad para incrustarla en su preconcepción profética. Es el riesgo de decir cualquier cosa, desde las teorías explicativo-conspirativistas, y las infinitas caras de la posverdad, hasta los presuntos racional-escepticismos, hoy absurdos, que minimizaban el alcance del virus, o apuestan a la radicalización religiosa. En medio de este riesgo, nos replanteamos aquellas Ideas que nos permitan comprender y actuar, para subvertir el sentido común filosófico que, encerrado en binarismos rígidos y en totalizaciones centradas en el primermundismo, impide ver lo que acontece y lo que nace, y alumbrar desde donde estamos qué necesitamos y qué tenemos que hacer. Ante la perplejidad, las paradojas espacio-temporales, las tensiones que se incrementan en este momento bisagra, nos arriesgamos a reconfigurar el significado del encierro, el modo como se entran y aceitan los nodos intersubjetivos, las realidades complejas y heterogéneas que exigen miradas múltiples, las articulaciones y organizaciones desde abajo que vitalizan lo comunitario, la relevancia de un Estado presente y orgánico, los dispositivos de control y de la biopolítica en sentido positivo, la planetarización, los matices y pliegues de lo acontecimental; y todo esto, buscando también la dimensión Eternauta que nos contenga y potencie. Es este suelo temático, y este momento tan particular en que precisamente se revalorizan el saber y la ciencia, el dónde y el cuándo de nuestro trabajo filosófico, el marco para hurgar y producir conceptos que fructifiquen en futuros abrazos.

Ideas, revista de filosofía moderna y contemporánea

10 DE ABRIL DE 2020

dossier

Los feminismos en la actualidad